

PACO IGNACIO TAIBO II

Sueños de frontera

Una historia de Belascoarán Shayne



«¿Y qué se me perdió aquí?», se pregunta Belascoarán mientras recorre la frontera norte de México persiguiendo a una actriz que aparece y desaparece como conejito en el sombrero de un mago.

«¿Y quiénes son todos éstos?», pregunta al irse topando con agentes de la judicial disfrazados de vendedores de cocinas integrales, chinos que saltan la reja fronteriza en Mexicali, nostálgicos del villismo, putas zacatecanas, narcotraficantes que organizan concursos de belleza pueblerinos y agentes de la DEA que hablan español con acento jarocho.

«¿Qué estoy buscando?», se pregunta en ésta, la séptima novela de la serie Belascoarán, cuando cada vez queda más claro que toda búsqueda es una inmersión en el propio pasado.

Nota

Este libro le debe mucho al Programa Cultural de las Fronteras, dirigido por Alejandro Ordorica, quien me envió de gira de conferencias al norte, donde pude pescar muchas de estas historias que luego fui cambiando de geografía original. El resultado es esta frontera medio rara, de la que soy tan responsable yo como la realidad, dejémoslo a medias.

Esta novela es para mi amigo
Carlos García Agraz (que luego
las hace cine mejor que yo las escribo)
y para mi compinche Juancito Sasturain.
De vaqueros melancólicos de la frontera,
como a ellos les gusta.

También es para Ofelia Medina,
de cuyas historias de la prepa (y sólo de éstas)
he robado en el recuerdo para contar a Natalia.

Si alguien quiere leer este libro
como una simple novela policial,
es cosa suya.

RODOLFO WALSH

I

La gente como yo compartía la confusión,
pero muy poco más.

HOWARD FAST

—Pero ¿usted lo vio?

—No, yo soy de otros ranchos, nací en Aguascalientes, viví en el DF y nomás llevo aquí tres años. Pero me lo contaron.

—¿Y fue ahí en esa reja?

—Ahí mero; por esa mera reja saltó el chino las siete veces.

Héctor Belascoarán Shayne, por pésimo oficio detective democrático e independiente mexicano, cuidadosamente contempló la alambrada verde que hacía de frontera con los Estados Unidos, que cortaba países como quien corta mantequilla; la reja verde, aparentemente inofensiva, que se tornaba del lado mexicano en la yerba y los arbolitos del parque Revolución de Mexicali. Había escuchado la historia del chino tres veces desde que llegó a la ciudad; la misma historia con pequeñas variaciones. Era demasiado bonita para ser cierta, se dijo, mirando el pequeño parque al otro lado de la calle y la reja de unos tres metros de altura. Una vieja torre de agua, de las que suelen aparecer en los western de Leone, al lado de las pequeñas estaciones de ferrocarril, remataba la reja un centenar de metros antes de donde se iniciaba el puente internacional. Sobre ella, un policía fronterizo norteamericano con una escopeta en los brazos fumaba un puro. Al otro lado Caléxico, un poco más allá, San Diego...

—Entonces, resumen: hubo un chino que un día saltó la reja verde ésa. Y los gringos lo agarraban y lo deportaban de vuelta, ahí mismo; y volvía a tratar. Seis veces en un día,

y la séptima se les escapó y se fue pa' dentro. ¿Ésa es la historia?

—Así es —contestó Macario. Una leve sonrisa pareció cruzarle el rostro, casi oculto por la gorra de beisbolista.

—¿Y cómo se llamaba el chino? —preguntó Héctor.

—Sepa su puta madre... Lin Piao... Yo qué sé... Pero manito, ese chino no es cualquier pendejo, es el record man de aquí. Siete brincos en un día, ni yo... Ni-siquiera-yo... Qué, ¿en el DF ya no tienen héroes y leyendas y chingaderas de éstas?

Un flujo casi continuo de automóviles avanzaba hacia la línea. Héctor los contempló soñoliento. El sol caía a plomo. Cuarenta grados centígrados le habían dicho. Para freír un huevo en la carrocería de mi automóvil. A él se le estaban friendo los dos.

—¿Y ella? —preguntó el detective, pero casi sin ánimo de que le cambiaran la historia. En principio le interesaba mucho más lo del chino, le invadía los pensamientos el oriental saltarín de rejas. Lo imaginaba vestido de blanco, avanzando tenaz sobre el parque, descalzo (los pies sobre la yerba), lírico chino brincador, terco (la obstinación es uno de los favoritos lugares comunes que la imaginación popular ha construido en materia de chinos).

No, ella no brincó la barda. O por lo menos de eso no hay leyenda... Cuanto hijo de la chingada pinche rumoroso anda por este rancho estaría contándolo. Sería chisme: «Actriz de cine anda de mojada. Brinca reja en Mexicali para ir a Hollywood».

—Ya estuvo en Hollywood.

—¿A poco?

—Sí, hace como cuatro años, trabajando en una película de Aldrich. Hacía de la hija de un narco colombiano. ¿No la viste?

—No —dijo Macario sobándose la mandíbula.

—Yo tampoco —dijo Héctor sin añadir que aunque no había visto la película, en esas dos últimas semanas se la había imaginado frecuentemente.

Cuando la historia del chino se introdujo de contrabando y tenazmente en la conversación, llevaban tres horas caminando por el centro de Mexicali (zapaterías, licorerías, taquerías) bajo un sol sahariano que hubiera hecho la envidia de los western filmados en Andalucía. Tres horas en un país extraño, ni mexicano ni norteamericano; tierra donde todos eran extranjeros. No resultaba fácil ser mexicano en aquellas ciudades llenas de luz agresiva, polvo y anuncios en inglés. Héctor sintió que su bigote había adquirido nuevas canas ante el ataque del sol.

—Me gusta el mito del chino —dijo el detective—. Llevo aquí dos días y me lo han contado ya tres veces.

—La frontera está llena de historias de ésas.

—Sería chino-mexicano —dijo Héctor.

—Desde luego. No podía ser un chino en general, tenía que ser un chino de Sinaloa, un local de Mexicali, o uno de la calle Dolores en el DF. Voy a añadir eso la próxima vez que lo cuente —dijo Macario.

Caminaron hacia el centro de nuevo. Héctor había venido a buscar a una mujer y se encontraba con la leyenda de un chino.

—¿Y por qué sólo siete veces? —preguntó de repente.

—Porque la última no lo agarraron. Es una leyenda con final feliz —dijo Macario.

Macario lo sabía todo en Mexicali. Periodista más por curioso que por amor a la divulgación de las noticias, la frontera se le había vuelto el refugio de un montón de derrotas de las que ya no se acordaba demasiado. Derrotas viejas. Olvidos nuevos. Héctor lo conocía poco, pero le resultaba confiable con aquella gorra de beisbolista que le cubría la mirada aguileña. Su hermano se lo había recomendado en el DF. Le había dicho: «Busca a Macario Villalba. El

Gansito Villalba allá en Mexicali. Él lo sabe todo. Además todo lo cuenta. Es un resucitado. Se trató de envenenar con ratso hace como cinco años y lo salvaron con un lavado estomacal. Dile que vas de parte mía». Héctor no tenía gran cosa: una tarjeta postal de un hotel de Mexicali y a Macario. En el hotel no sabían nada, ni siquiera recordaban a la mujer y Macario estaba bien, conocía historias de chinos, pero no sabía nada de Ella.

Buscar a esa mujer era como tratar de recordar los nombres de todos los personajes de las novelas de Tolstoi que había leído. Era como nadar en la luz pegajosa de ese sol inclemente de Mexicali. Como acordarse de los ganadores de la Vuelta Ciclista a México en las ediciones de los años 60. Era, Héctor descubrió la verdad, no sólo una investigación imposible, también un esfuerzo de memoria.

—¿Rentó coche?

—¿Para qué? —preguntó Héctor.

—Para irse a otro lado, para cruzar la frontera. Espérame tantito —dijo Macario, y lo dejó ahí al sol, mientras entraba a un hotel. Héctor contempló el gran anuncio luminoso, ahora apagado en la fachada, como una cartelera de cine:

Bienvenidos distribuidores de Jarritos, SA.

Macario salió a los quince minutos.

—Rentó un coche para ir a Ensenada —dijo sonriendo. Se quitó la gorra de beisbolista y saludó al detective con ella.

II

Hay mujeres que las recuerda uno,
y otras que no se olvidan. Ésas son las peores.

ALEJANDRO ZENDEJAS

(según lo recuerda el autor)

Para ir a Ensenada desde Mexicali hay que cruzar la sierra, meterse por el centro de un bailarín juego de rocas y peñascos que dan la sensación de haber cambiado de era, no de geografía. Rocas rotas por el calor y el tiempo.

Héctor cumplió años en la carretera. En algún lugar cercano, Natalia Smith-Corona cumplió años también. Habían nacido el mismo día, un 11 de enero, con un año de diferencia. Héctor brindó por sus 39 años y por los 38 de la actriz con una Coca-Cola de bote, templada por el calor del mediodía.

Las rocas al sol lo achicaban. Si no fuera por el calor se hubiera sentido atrapado en un paisaje lunar. La carretera serpenteaba entre los farallones de caliza. Héctor manejaba un viejo jeep Willis rentado que gruñía cuando se le metía la tercera. Se había conseguido un sombrero de fieltro guango, de ésos que usaba Henry Fonda cuando salía a pescar. En el sombrero lucía un botón con letras rojas y unas tiras con los colores nacionales: «No somos machos, pero somos muchos». No tenía muy claro por qué lo conservaba. Obviamente no éramos machos pero, indudablemente, tampoco éramos muchos. Un detective mexicano era por definición un risueño accidente solitario.

Y él, además de solitario tenía sueño, invadido por la modorra de las cuatro de la tarde, cuando la digestión cobra su precio.

—Tienes que encontrar a la mamá de esta niña —le había dicho el Gallo cinco días antes, señalando a una adolescente que le recordaba a otra adolescente, vista muchas

veces 20 años atrás. Y él no podía negarse, no tanto al pedido como a las requisitorias de la memoria, a las deudas con el pasado, a las nostalgias.

Héctor bajó la velocidad. Quería llegar a Ensenada con el atardecer, siguiendo las recomendaciones de Macario. De todas maneras no tenía prisa. Una cacería fantasma de una mujer fantasma realizada por un detective fantasma. ¿Quién chingaos tendría prisa en esas condiciones? Ni siquiera un guionista de tele californiano. Llevaba muchos años moviéndose de un lado para otro. De un trapecio circense a otro; buscando calles verdaderas con todo y numeritos en los portales. Tenía una cierta gracia el buscar a una mujer que iba dejando tras de sí tan sólo nombres de ciudades de frontera. Eso, y algo más, sus propios recuerdos en la cabeza del detective.

Natalia era como un aroma persistente en la cabeza de Héctor Belascoarán Shayne. Un aroma olvidado que regresó en el avión que lo llevó a Mexicali y que retornaba sugerente al calor del mediodía en la carretera. ¿A qué huelen los viejos amigos? ¿A qué huelen las mujeres que nunca se amaron pero casi? A veces, la vida tenía la mala costumbre de parecerse a una canción de Manzanero, una balada rosa de Leonardo Favio. ¡Qué pinche horror azteca! Encendió un cigarrillo y durante un instante manejó con una sola mano el volante recalentado.

En Mexicali, antes de dar con Macario, Héctor había topado, en su ronda por la ciudad, con un director de teatro del DF que se había exiliado en la esquina noroeste del país, huyendo del smog y de un novio traicionado de origen proletario, quien le juró cuchillo si lo volvía a ver. Demostración palpable del fracaso de los amores interclasis-tas, aunque tuvieran escenario teatral. El tipo estaba ansioso de contar algo al único testigo de que él fue alguien en el DF, a cualquiera que llegara del ombligo del país, de la matriz mexicana de todas las sucursales, el absoluto DF.

Contar algo, por ejemplo que se había tomado un café con Natalia en Plaza Inn dos días antes, que ella estaba un poco ojerosa, no se sabe maquillar, ¿sabes? Y que ella le confesó a mitad de un café con donas horrible, horrible, mano, que no le gustaba Mexicali, a mí tampoco, claro. Héctor consoló al exiliado diciendo que ya nadie se acordaba de él en el DF, y si nadie se acordaba de él, mucho menos su ex amante, quien seguro tenía un puesto de cinturones de cuero en el tianguis de la Cibeles. ¿Y algo más dijo Natalia? Dijo que estaba cansada, ¿cansada de qué? No le pregunté, soy una vergüenza, mano, ella seguro tenía problemas y yo dale y dale con mi pinche rollo. ¿Dio explicaciones de qué hacia por la frontera? De paso, dijo que iba de paso.

El detective arrojó el humo hacia el cielo y creyó ver cómo una liebre cruzaba la carreteril y se ocultaba entre las rocas. Seguro era una alucinación de turista. Una trampa puesta por los naturales para que detuviera el coche y se bajara, sólo para encontrar un puesto de hot dogs y cervezas.

¿De paso hacia dónde?

—Tengo un cheque para que la busques —había dicho la adolescente que le recordaba a otra adolescente cinco días antes, dos días antes del director de teatro, un día antes de Macario y el chino—. Me lo dieron en la productora de la película de mi mamá.

—¿Y por qué hay que buscar a tu mamá? —preguntó entonces Héctor jugueteando con un llavero.

—Porque se fue a la frontera sin decir nada. Y además porque tenía mucho miedo.

Con un poco de suerte, se dijo Héctor Belascoarán, cinco días después, podía encontrar a su vieja amiga; pero una cosa era encontrarla y muy otra quitarle el miedo. El miedo, como él bien sabía, no se quitaba. Una vez que entraba en la vida de uno, era para siempre. Se miró en el espejo retrovisor sin reconocerse. Parecía más seguro de sí mismo. Quizá el haber abandonado el escenario perma-

nente, la lluviosa ciudad de México, le daba ese aire extraño, esa apariencia de seguridad. Aquí, por estas inhóspitas tierras norteñas, nadie podía saber que al volante del jeep iba un pendejo. Él lo sabía, pero podía pretender que lo ignoraba. Podía disimular un poco.

—¿Miedo de qué?

La adolescente, una muchacha de unos 16 años, de cabello muy negro cortado a lo Príncipe Valiente, lo contempló de pelo a mocasines un par de veces. El Gallo la animó con la mirada.

—Hay un tipo que la estaba siguiendo. Llamaba a cada rato, le enviaba flores, le mandaba a su chofer a la salida de las filmaciones. Mi mamá no quería salir con él, pero el tipo duro que dale, y luego cuando dispararon en la noche contra la casa...

Ensenada apareció al final de la cuesta, una serie de casas de playa apoyadas contra el mar. El Océano Pacífico azul gris, la playa, el sol mordiendo el agua y fabricando un atardecer rosado. Era el paisaje ideal de la película: detective busca actriz de cine misteriosamente desaparecida a mitad de una filmación, a la que está ligado por finos lazos de su absurda memoria.

—¿Tú sales en una foto bailando con mi mamá en el baile de graduación de la prepa? —preguntó la adolescente al despedirse. Hacía de eso cinco días. De la foto, al menos 18 años.